



Los Buenos Cuentos

Por Ignacio Valente



EN los últimos meses, nuestras librerías se han llenado de cuentos. Cuentos de antaño y de siempre, los buenos cuentos. Partió Editorial Universitaria con tres ediciones de los cuentos de Perrault, en la excelente traducción de María Luz Huidobro. Es bien distinto leer a Perrault en un idioma español acartonado de 100 años atrás, con giros, simplificaciones o adaptaciones curiosas, que gozar de su encanto en esta versión moderna y local —local sin localismos— apta para cualquier niño chileno. A esta ventaja se suma, en la edición para adultos, el estudio antropológico previo de Armando Roca, que se expresa así de los célebres Cuentos du temps passé de Perrault: "Son educadores de la fantasía y de la personalidad de los adultos y niños (...). No es poco el haber puesto a la vista, en imágenes concisas, el poder metamorfoseador del ansia de aventuras, del heredismo, del amor, y también, al contrario, el de la envidia y el resentimiento", poder según el cual "el alma adhiere la realidad de acuerdo a sus sueños", lo que viene a ser la definición misma de la magia.

Por su parte, Editorial Andrés Bello ha publicado, bajo el título de Cuentos tradicionales, una selección hecha por Magdalena Vial y María Luisa Vial a partir del repertorio de cuentos de Ramón Laval y de los romances del "Cantar a lo humano". En estos cuentos se hace presente la sabiduría popular chilena, que sabe divertir y enseñar sin "pedagogía", como subrayan las antologistas. "Para saber y contar y contar para saber; pan y harina para las hijas de doña Catalina; pan y afrecho para la señora Quecho; pan y "mita" para la señora "peña". Me voy por una orilla, darle varilla; me voy por un rincón, darle oreja; me voy por el medio, haciéndome remedio; me voy por el cogollo...", etc. Estas versalitas que mezclan el ingenio y el rigo no son exclusivas de la introducción de alguna leyenda; también se multiplican en las "adivanzas" y otros poemas ingenuos, romances, canciones de cuna, que sirven de descanso entre cuento y cuento.

Las adivanzas surtían entre la gracia campesina y una es-

peca de surrealismo popular. Dos hermanitos/muy igualitos, /cuando llegan a viejos/abren los ojitos" (Los zapatos). "Corre y no tiene pies/habla y no tiene boca" (La carta). "Vengo de padres cantores/ aunque no soy cantor,/ tengo los hábitos blancos/ y amarillo el corazón" (El huevo). Así hasta llegar a enigmas tan complicados como éste: "Mi madre tiene una sábana/ que no se puede doblar;/ mi padre tiene una plata/ que no se puede contar;/ mi hermana tiene un espejo/ que no se puede mirar" (El cielo, las estrellas y el sol). En cuanto a los relatos, algunos son de pura cepa autóctona, y en ellos se reconoce la flora y fauna, el paisaje, el carácter y la mitología nacionales. Otros, en cambio, y en diferentes grados, vienen con el ropaje autóctono a esas leyendas que provienen de la noche de los tiempos, y cuya sustancia es idéntica a la de sagas nórdicas o mitos góticos, sólo que los labrie-

El ruiseñor (de Andersen) es de una calidad indecible, y muy pocos del mismo género resisten la comparación con él (...). Es uno de los personajes más maravillosos de todos los cuentos de maravilla de cualquier época y latitud.

que se han vestido aquí de huaso, y los príncipes reinan en valles transversales entre cordillera y mar: fenómeno acrombroso, universal, y hasta ahora —que yo sepa— no estudiado a fondo.

Excelente selección de relatos de todo origen y tiempo es la que realizan Loreto Fontaine y Magdalena Vial, en dos volúmenes publicados por Editorial Universitaria, bajo el título de Los buenos cuentos. Las ilustraciones en color de María Luisa Vial tienen una legibilidad y gracia parecida a los dibujos con que Saint-Exupéry ilustró El principito. Hay de todo en estos libros. Un cuento turco que, sin ser muy sutil, exhibe un ingenio rústico no desdeñable. El famoso Flautista de Hamelin, cuya clave más enigmática se contiene en esa sonrisa misteriosa del protagonista, encantador de razones y de niños por igual, cuando —ya resuelto el desenlace— se le preguntaba dónde hubiera llevado a los niños, con el sortilegio de su flauta, si sus padres no le hubieran pagado el precio convenido por limpiar de bichos a la ciudad. Un cuento popular español, el cé-

lebre Campanillita de plata, cuya gracia estriba esencialmente en la manera con que el príncipe busca una esposa amante de la limpieza: "¡Ah, mi caballo! Mi caballo es muy especial y de gusto tan extraño y refinado, que sólo se alimenta de aquello que crece debajo de las camas; ¡ahé!?, aquella especie de pelusilla gris... Si debajo de vuestras camas no crece esa planta, no podré permanecer aquí".

El segundo volumen se abre con un cuento italiano, el típico "cuento del tío", en que el fraude del protagonista se redime al final, con el ingenio que muestra para acatar la letra de la ley burlando su espíritu. Le sigue El pequeño vigía lombardo, tomado de la lacrimógena obra de Edmundo de Amicis, que, por no contener ningún elemento maravilloso, parece extrañamente fuera de contexto en su realismo de intención patética. Una fábula italiana y un relato de Axel Munthe nos entretienen sin deslumbrarnos. Porque si nos deslumbra, en cambio, aunque lo hagamos leído muchas veces, El príncipe feliz de Oscar Wilde: ese corazón de plomo y esa golondrina muerta que Dios mismo recogió para resucitarlos en su paraíso nos conmueven en las fibras más íntimas y universales del corazón.

He dejado para el final un cuento de Andersen que se incluye en el primer volumen de Los buenos cuentos. Otros seis del mismo autor se recogen en los Cuentos de Andersen, que publica Editorial Andrés Bello. Pero aquel primero, El ruiseñor, es de una calidad indecible, y muy pocos del mismo género —entre los de Perrault, los Grimm y el propio Andersen— resisten la comparación con él. El ruiseñor del emperador de la China, que prefirió los bosques a la corte imperial, que arranca lágrimas al emperador con su canto, y no obstante es recompensado por el ruiseñor mecánico proveniente de Japón —¿vaticinio de la alta tecnología japonesa?—, ese pajarrillo silvestre que con su música aleja a la Muerte en persona del lecho del emperador, y atraviesa las jerarquías burocráticas para venir a contarle las verdaderas penas y alegrías de su pueblo, es uno de los personajes más maravillosos de todos los cuentos de maravilla de cualquier época y latitud. Resisto la tentación de citar lo porque, para hacerlo justicia, habría que reproducirlo todo entero. Pocas obras de la poesía universal poseen su fuerza y delicadeza poética. Es lectura imprescindible para todos, y el mejor de los muchos cuentos del género que, por fortuna, circulan hoy pródigamente en nuestras librerías.

Los buenos cuentos [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los buenos cuentos [artículo] Ignacio Valente. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile